

ONTOLOGÍA DEL CONVERSAR

Humberto Maturana R.'

RESUMEN

El lenguaje consiste en el operar en coordinaciones conductuales consensuales de coordinaciones conductuales consensuales, y constituye el dominio en que se dan todas las conductas y acciones humanas. En la historia evolutiva de los primates bípedos a que pertenecemos, el lenguaje funda lo humano pero por sí solo no lo constituye, ya que lo humano se realiza en el entrelazamiento del lenguajear con el emocionar que surge al surgir el lenguaje. Al hablar de emociones en la vida cotidiana connotamos disposiciones corporales (sistema nervioso incluido) dinámicas que especifican en cada instante el dominio de acciones en que se mueve un animal. Esto se aplica a nosotros, los humanos, en cuanto somos mamíferos primates, y como tales existimos en un continuo fluir emocional propio que momento a momento especifica el dominio de acciones en que nos movemos incluso cuando operamos en el lenguaje. Yo llamo al entrelazamiento continuo entre lenguajear y emocionar que constituye y realiza lo humano, conversar, y mantengo que lo humano se da en el conversar y que todas las actividades humanas ocurren como conversaciones o redes de conversaciones. La comprensión de esto permite tres clases de reflexiones: a) en la medida que las conversaciones son entrelazamientos del fluir emocional con las coordinaciones conductuales consensuales del lenguajear y viceversa, hay distintas clases de conversaciones según el fluir emocional que las caracteriza; b) hay redes (entrecruzamientos) de conversaciones que estabilizan dinámicas emocionales que se contraponen de manera recurrente porque llevan a dominios de acciones contradictorias, y dan origen a sufrimiento; y c) los sufrimientos que surgen en redes de conversaciones recurrentes que resultan en acciones contradictorias, desaparecen mediante conversaciones que disuelven las redes que les dan origen. La comprensión del carácter conversacional de lo humano sólo es posible al comprender que el lenguaje como dominio de coordinaciones conductuales consensuales se den en el encuentro estructural de los participantes.

SUMMARY

Language takes place as a domain of consensual coordinations of consensual coordinations of actions, and constitutes the domain in which all human activities take place. In the evolutionary history of the lineage of bipedal primates to which we belong, language gives origin to humanity as the human manner of living is constituted and realized in the braiding of languaging and emotíoning. When in daily lite we speak of emotions we connote dynamic body dispositions (which include the nervous system) that specify at every instant the domain of actions in which an animal moves. We human beings are not exception to this condition, and we exist as such in a continuous braiding of languaging and emotíoning that I call conversation. Furthermore, I maintain that all human activities occur as conversations or networks of conversations. The understanding that we human beings are realized as such in conversations allows for three insights: a) to the extent that a conversation takes place in the braiding of languaging and emotíoning and viceversa, there are different classes of conversations according the emotíoning that characterizes them; b) there are networks (intersections) of recurrent conversations that recurrently bring forth emotions that specify domains of contradictory actions and result in suffering; and c) the suffering that result from recurrent conversations that bring forth contradictory actions, disappear through conversations that dissolve the networks of conversations in which they take place. The understanding of the conversational character of all human activities is possible oniy through the understanding that language through the actual body encounters of the organisms that participate in it.

Con frecuencia se nos dice que debemos controlar nuestras emociones y comportarnos de manera racional, especialmente cuando somos niños o mujeres, y el que nos habla desea que nos conduzcamos de acuerdo a alguna norma de su elección. Vivimos una cultura que contrapone emoción y razón como si se tratase de dimensiones antagónicas del espacio psíquico; hablamos como si lo emocional negase lo racional y decimos que lo racional define a lo humano. Al mismo tiempo sabemos que cuando negamos nuestras emociones generamos un sufrimiento en nosotros o los demás que ninguna razón puede disolver. Por último, cuando estamos en algún desacuerdo también decimos, aún en el fragor del enojo, que debemos resolver nuestras diferencias conversando, y, de hecho, si logramos conversar las emociones cambian y el desacuerdo o se desvanece, o se transforma con o sin lucha en una discrepancia respetable. ¿Qué ocurre? Pienso que aunque lo racional nos diferencie de otros animales, lo humano se constituye, cuando surge el lenguaje en el linaje homínido a que pertenecemos, en la conservación de un modo particular de vivir el entrelazamiento de lo emocional y lo racional que aparece expresado en nuestra habilidad de resolver nuestras diferencias emocionales y racionales conversando. Es debido a esto que considero que es central para la comprensión de lo humano, tanto en la salud como en el sufrimiento psíquico o somático, entender la participación del lenguaje y las emociones en lo que en la vida cotidiana connotamos con la palabra conversar.

La palabra conversar viene de la unión de dos raíces latinas, cum que quiere decir 'con', y versare que quiere decir 'dar vueltas', de modo que conversar en su origen significa 'dar vueltas con' otro. Es por esto que en este artículo mi pregunta será: ¿Qué ocurre en el dar vueltas juntos de los que conversan, y qué pasa allí con las emociones, el lenguaje y la razón?

EL LENGUAJE Y EL LENGUAJEAR

El lenguaje como fenómeno biológico consiste en un fluir en interacciones recurrentes que constituyen un sistema de coordinaciones conductuales consensuales de coordinaciones conductuales consensuales (ver Maturana, 1978 y 1988). De esto resulta que el lenguaje como proceso no tiene lugar en el cuerpo (sistema nervioso) de los participantes en él, sino que en el espacio de coordinaciones conductuales consensuales que se constituye en el fluir de sus encuentros corporales recurrentes. Ninguna conducta, ningún gesto o postura corporal particular, constituye por sí solo un elemento del lenguaje, sino que es parte de él sólo en la medida en que pertenece a un fluir recursivo de coordinaciones conductuales consensuales. Así, son palabras sólo aquellos gestos, sonidos, conductas o posturas corporales, que participan como elementos consensuales en el fluir recursivo de coordinaciones conductuales consensuales que constituye el lenguaje. Las palabras son, por lo tanto, nodos de coordinaciones conductuales consensuales, y es por esto que lo que un observador hace al asignar significados a los gestos, sonidos, conductas o posturas corporales, que él o ella distingue como palabras, es connotar o referirse a las relaciones de coordinaciones conductuales consensuales en que él ve que tales gestos, sonidos, conductas o posturas corporales, participan. En estas circunstancias, lo que un observador ve cómo el contenido de un lenguaje particular, está en el curso que siguen

las coordinaciones conductuales consensuales que tal lenguaje involucra en relación con el momento en la historia de interacciones en que ellas tienen lugar, y que a su vez es función del curso que siguen esas mismas coordinaciones conductuales en el momento de realizarse. Al mismo tiempo, como en sus encuentros corporales los participantes en el lenguaje se gatillan mutuamente cambios estructurales que modulan sus respectivas dinámicas estructurales, estos cambios estructurales siguen a su vez cursos contingentes al curso que siguen las interacciones recurrentes de los participantes en el lenguajear. Dicho de otro modo, las palabras constituyen operaciones en el dominio de existencia como seres vivos de los que participan en el lenguaje que, cómo resultan en que el fluir de cambios corporales, posturas y emociones, de éstos, tiene que ver con el contenido de su lenguajear. En suma, lo que hacemos en nuestro lenguajear tiene consecuencias en nuestra dinámica corporal, y lo que pasa en nuestra dinámica corporal tiene consecuencias en nuestro lenguajear.

Como los seres vivos en general, y los seres humanos en particular, somos multidimensionales en nuestra dinámica estructural y de relaciones, vivimos en nuestra corporalidad la intersección de muchos dominios de interacciones que gatillan en ella cambios estructurales que pertenecen a cursos operacionales diferentes. De esto resulta que el curso de nuestro lenguajear pueda ser en cada instante también contingente a muchas dimensiones de nuestra dinámica de interacciones que no tengan que ver directamente con lo que ocurre en él; y, viceversa, de esto también. resulta que en todo momento nuestras interacciones fuera del dominio de nuestro lenguajear de ese momento sean contingentes al curso de nuestro lenguajear.

EL RAZONAR Y LO RACIONAL

En la vida cotidiana, y en muchos sistemas filosóficos, hablamos como si la razón Y la lógica del razonar tuviesen un fundamento trascendental, y como si tal fundamento diese validez universal a nuestros argumentos racionales. Desde la comprensión de nuestro operar como seres vivos en el lenguaje podemos ver, sin embargo, que lo que sucede es algo diferente.

Lo que en la vida cotidiana distinguimos como razonar, es la proposición de argumentos que construimos al concatenar las palabras y nociones que los componen según sus significados como nodos operacionales del dominio particular de coordinaciones conductuales consensuales a que pertenecen. Por esto, lo que un observador hace al hablar de la lógica del razonar como un fenómeno universal es, de hecho, distinguir las regularidades operacionales constitutivas del operar en lenguaje (o lenguajear). Por último, y por esto mismo, lo que en la vida cotidiana distinguimos como conducta racional, es nuestro operar en discursos, explicaciones, o conductas que podemos justificar con discursos, explicaciones, o argumentos que construimos respetando la lógica del razonar. En suma, la lógica del razonar, y, por lo tanto, lo racional, pertenecen al ámbito de las coherencias operacionales de las coordinaciones conductuales consensuales que constituyen el lenguaje, y tiene, en último término, su fundamento en las coherencias operacionales

del vivir. Finalmente, es por todo esto que la lógica del razonar es independiente del argumento que se esgrime, se aplica en todos los dominios experienciales que el observador puede traer a la mano (involucrar) en su explicar. En estas circunstancias, en la medida que lo racional pertenece al ámbito de las coherencias operacionales de las coordinaciones conductuales consensuales que constituyen el lenguaje, todo sistema racional surge como un sistema de coordinaciones conductuales consensuales a partir de la aplicación recurrente y recursiva de algún conjunto particular de coordinaciones conductuales consensuales que operan, de hecho, como sus premisas fundamentales. Al mismo tiempo, distintos sistemas racionales se diferencian en que se constituyen a partir de distintos conjuntos de premisas fundamentales.

EL EMOCIONAR

En la vida cotidiana distinguimos las distintas emociones mirando las acciones y postura o actitud corporal del otro, que puede ser uno mismo, sea éste persona o animal no humano. Más aún, también sabemos en la vida cotidiana que cada emoción implica que sólo ciertas acciones son posibles a la persona o animal que la exhibe. Por estos motivos yo mantengo que lo que distinguimos como emociones, o lo que connotamos con la palabra emoción, son disposiciones corporales que especifican en cada instante el dominio de acciones en que se encuentra un animal (humano o no), y que el emocionar, como un fluir de una emoción a otra, es un fluir de un dominio de acciones a otro. La cucaracha que cruza lentamente la cocina, y comienza a correr precipitadamente hacia un lugar oscuro cuando entramos encendiendo la luz y haciendo ruido, ha tenido un cambio emocional, y en su fluir emocional ha pasado de un dominio de acciones a otro. De hecho, esto lo reconocemos también en la vida cotidiana al decir que la cucaracha ha pasado de la tranquilidad al miedo. En este caso, al usar los mismos términos que usamos para referirnos al emocionar humano, no hacemos una antropomorfización de lo que pasa con la cucaracha, sino que reconocemos que el emocionar es un aspecto fundamental del operar animal que nosotros también exhibimos. El decir que lo emocional tiene que ver en nosotros con lo animal, ciertamente no es novedoso; lo que yo agregó, sin embargo, es que la existencia humana se realiza en el lenguaje ~ lo racional desde lo emocional. En efecto, al invitar a reconocer que las emociones son disposiciones corporales que especifican dominios de acciones, y que las distintas emociones se distinguen precisamente porque especifican distintos dominios de acciones, invito a reconocer que debido a esto todas las acciones humanas, cualquiera sea el espacio operacional en que se den, se fundan en lo emocional porque ocurren en un espacio de acciones especificado desde una emoción. El razonar también.

Todo sistema racional, y, en efecto, todo razonar, se da como un operar en las coherencias del lenguaje a partir de un conjunto primario de coordinaciones de acciones tomado como premisas fundamentales aceptadas o adoptadas, explícita o implícitamente, a priori. Pero, ocurre que todo aceptar a priori se da desde un dominio emocional particular en el cual queremos lo que aceptamos, y aceptamos lo que queremos sin otro fundamento que nuestro deseo que se constituye y expresa en nuestro aceptar. En otras palabras, todo

sistema racional tiene fundamento emocional, y es por ello que ningún argumento racional puede convencer a nadie que no esté de partida convencido al aceptar las premisas a priori que lo constituyen.

LA CONDUCTA Y LAS ACCIONES

Cualquier operar o cambio del operar de un organismo con respecto a un entorno, en cualquier dominio en que el observador distinga ese operar o cambio de operar, es una conducta o acción en ese dominio. Al mismo tiempo, los seres humanos vivimos cualquier espacio conductual o de acciones como un espacio experiencia; en el lenguaje al movernos en él en la recursión de las coordinaciones conductuales (de acciones) que lo constituyen, y desde las cuales lo distinguimos. Esto es posible porque, debido al cierre operacional del sistema nervioso (ver Maturana, 1983), todos los dominios de acciones o conductas humanas se realizan en el sistema nervioso como dominios de correlaciones internas que aparecen en las distinciones de un observador como correlaciones sensuo-motoras en un espacio de relaciones corporales. Así, el lenguajear, aunque resulta de la dinámica de correlaciones internas de los sistemas nerviosos de los participantes, es visto por el observador como un fluir de coordinaciones conductuales consensuales que resulta de un entrelazamiento congruente de las correlaciones sensuo-motoras individuales de éstos. En otras palabras, los distintos dominios de experiencias humanas son distintos dominios de correlaciones internas que en el espacio de distinciones del observador se dan como distintos dominios de correlaciones sensuo-motoras que configuran distintos sistemas de coordinaciones conductuales en el lenguaje. He usado las palabras conducta y acción como equivalentes en lo que se refiere al lenguaje porque con respecto a éste lo son. Estas palabras, sin embargo, tienen connotaciones diferentes en otros aspectos. Así, usualmente al hablar de acciones miramos preferentemente los efectos de un quehacer, y al hablar de conducta miramos preferentemente las relaciones del que hace. Para los propósitos de este artículo estas diferencias no son significativas, y sólo interesa saber qué podemos hablar del lenguajear tanto como un operaren un espacio de coordinaciones conductuales consensuales corrió un operar en un espacio de coordinaciones de acciones consensuales.

1.1 CONVERSAR

En su concepción el niño o niña vive inmerso en el lenguajear y en el emocionar de la madre y de los otros adultos y niños que forman el entorno de convivencia de ésta durante el embarazo y después del nacimiento. El resultado es que como embrión, feto, niño o adulto, el ser humano adquiere su emocionar en su vivir congruente con el emocionar de los otros seres, humanos o no, con quienes convive. Corrientemente diríamos que el niño o niña aprende a emocionarse de una u otra manera como ser humano con el emocionarse de los adultos y niños (y otros animales) que forman su entorno humano y no humano, y se

alegrará, enternecerá, avergonzará, enojará... siguiendo las contingencias de las circunstancias en que éstos se alegran, enternecen, avergüenzan, enojan... etc. Como este proceso se da en cada nuevo ser humano junto con la constitución y expansión de los dominios de coordinaciones conductuales consensuales en que participa, primero hasta que éstos se hacen recursivos y entra a operar en lenguaje, y luego en la expansión de éste a medida que amplía y complica su vivir en él, lenguajear y emocionar se entrelazan en un modularse mutuo como simple resultado de la convivencia con otros en un curso contingente a ésta. Al movernos en el lenguaje en interacciones con otros cambian nuestras emociones según un emocionar que es función de la historia de interacciones que hayamos vivido, y en la cual surgió nuestro emocionar como un aspecto de nuestra convivencia con otros fuera y dentro del lenguajear. Al mismo tiempo, al fluir nuestro emocionar en un curso que ha resultado de nuestra historia de convivencia dentro y fuera del lenguaje, cambiamos de dominio de acciones, y por lo tanto, cambia el curso de nuestro lenguajear y de nuestro razonar. A este fluir entrelazado de lenguajear y emocionar lo llamo conversar, y llamo conversación al fluir en conversar en una red particular de lenguajear emocionar.

LO HUMANO

Lo humano surge, en la historia evolutiva del linaje homínido a que pertenecemos, al surgir el lenguaje. De esto quiero decir algo más, pero ante, quiero hablar sobre lo que ocurre en el proceso evolutivo. En el ámbito biológico, una especie es un linaje, o sistema de linajes, constituido como tal al conservarse de manera transgeneracional un modo de vivir particular en la historia reproductiva de una serie de organismos. Como todo ser vivo existe como un sistema dinámico en continuo cambio estructural, el modo de vivir que define a una especie o linaje, o a un sistema de linajes, se da como una configuración dinámica de relaciones entre el ser vivo y el medio que, se extiende en su ontogenia desde su concepción hasta su muerte. Al modo de vivir, o configuración dinámica de relaciones ontogénicas entre el ser vivo y el medio, que al conservarse transgeneracionalmente en una sucesión de organismos constituye un linaje, o un sistema de linajes, y define su identidad como tal, yo le llamo fenotipo. El fenotipo ontogénico no está determinado genéticamente pues, como modo de vivir que se desenvuelve en la ontogenia, o historia individual de cada organismo, es un fenotipo, y como tal se da en esa historia individual necesariamente de un modo epigenético. Lo que la constitución genética de un organismo determina en el momento de su concepción, es un ámbito de ontogenias posibles en el cual su historia de interacciones con el medio realizará una en un proceso de epigénesis. Debido a esto, al constituirse un linaje, un sistema de linajes, el genotipo, la constitución genética de los organismos que lo constituyen, que da suelto y puede variar mientras tales variaciones no interfieran con la conservación del fenotipo ontogénico que define al linaje, o al sistema de linajes. Por esto mismo, si en un momento de la historia reproductiva de un linaje cambia el fenotipo ontogénico que se conserva desde allí para adelante, cambia la identidad del linaje o surge un nuevo linaje como una nueva forma o especie de organismos. En estas circunstancias, para comprender lo que sucede en la historia de cambio evolutivo de alguna clase de organismos, es necesario encontrar el fenotipo ontogénico que se conserva en ella y en torno al cual se producen dichos cambios. Así, para comprender la historia evolutiva

que da origen a lo humano, es necesario primero mirar el modo de vida que en el sistema de linajes homínido al conservarse hace posible el origen del lenguaje, y luego mirar al nuevo modo de vida que al conservarse establece el linaje a que nosotros los seres humanos modernos pertenecemos. Consideremos esto por un momento. El origen del lenguaje como un dominio de coordinaciones conductuales consensuales, exige un espacio de reencuentro en la aceptación mutua suficientemente intenso y recurrente (ver Maturana, 1987 y 19881). Lo que sabemos de nuestros ancestros que vivieron en África hace tres y medio millones de años, indica que tenían un modo de vivir centrado en la recolección, en el compartir alimentos, en la colaboración de machos y hembras en la crianza de los niños, en una convivencia sensual y una sexualidad de encuentro frontal, en el ámbito de grupos pequeños formados por unos pocos adultos más jóvenes y niños. Este modo de vida que aún conservarnos en lo fundamental, ofrece todo lo que se requiere para el origen del lenguaje, así como para que una vez establecido éste se constituyese con la inclusión del conversar como otro elemento a conservar en el modo de vivir, el fenotipo ontogénico que define el sistema de linajes a que nosotros, los seres humanos modernos, pertenecemos. El que los chimpancés y gorilas actuales puedan ser incorporados al lenguaje mediante la convivencia con ellos en AMESLAN (american sign language), sugiere que el cerebro de nuestros ancestros de hace tres millones de años debe haber sido ya adecuado para éste. Lo que diferencia al linaje homínido de otros linajes de primates, es un modo de vida en el que el compartir alimentos con todo lo que esto implica de cercanía, aceptación mutua, Y coordinaciones de acciones en el pasarse cosas de unos a otros, juega un rol central. Es el modo de vida homínido lo que hace posible el lenguaje, y es el amor como la emoción que constituye el espacio de acciones en que se da el modo de vivir homínido, la emoción central en la historia evolutiva que nos da origen. El que esto es así es aparente en el hecho de que la mayor parte de las enfermedades humanas, somáticas y psíquicas, pertenecen al ámbito de interferencia con el amor. El modo de vivir propiamente humano, sin embargo, se constituye cuando se agrega el conversar al modo de vivir homínido y comienza a lenguajear como parte del conservarse el fenotipo ontogénico que nos define. Al surgir el modo de vida propiamente humano, el conversar como acción pertenece al ámbito emocional en que surge el lenguaje como modo de estar en las coordinaciones de acciones en la intimidad de la convivencia sensual y sexual. Que esto es así es aparente de varias maneras: a) en las imágenes táctiles que usamos para referirnos a lo que nos pasa con las voces, así decimos que en voz puede ser suave, acariciante o dura, b) en los cambios fisiológicos, hormonales por ejemplo, que nos desencadenamos mutuamente con el habla, c) en el placer que tenemos en el conversar y en el movernos en el lenguajear. ¿Cuándo habría comenzado esto en nuestra historia evolutiva? El enorme compromiso estructural actual de nuestro sistema nervioso, de nuestra laringe, de nuestro rostro, así como de otros aspectos de nuestro cuerpo, con el habla como nuestro modo más fundamental de estar en el lenguaje, indica que el lenguajear sonoro tiene que haber comenzado hace varios millones de años; a mi parecer, entre dos y tres. En resumen: Lo humano surge en la historia evolutiva a que pertenecemos al surgir el lenguaje, pero se constituye de hecho como tal en la conservación de un modo de vivir particular centrado en el compartir alimentos, en la colaboración de machos y hembras en la crianza de los niños, en el encuentro sensual individualizado recurrente, y en el conversar. Por esto todo quehacer humano se da en el lenguaje, y lo que en el vivir de los seres humanos no se da en el lenguaje no es quehacer humano; al mismo tiempo, como todo quehacer humano se da

desde una emoción, nada humano ocurre fuera del entrelazamiento del lenguaje con el emocionar, y, por lo tanto, lo humano se vive siempre en un conversar. Finalmente, el emocionar en cuya conservación se constituye lo humano al surgir el lenguaje, se centra en el placer de la convivencia en la aceptación del otro junto a uno, es decir, en el amor, que es la emoción que constituye el espacio de acciones en el que aceptamos al otro en la cercanía de la convivencia. El que el amor sea la emoción que funda en el origen de lo humano el goce del conversar que nos caracteriza, hace que tanto nuestro bienestar como nuestro sufrimiento dependan de nuestro conversar.

CONSECUENCIAS

Veamos ahora algunas de las consecuencias que tiene el que todo quehacer humano pertenezca y se dé en algún tipo de conversación.

1. Decir que todo quehacer humano se da en el conversar, es decir que todo quehacer humano, cualquiera que sea el dominio experiencia; en que tiene lugar, desde el que constituye el espacio físico hasta el que constituye el espacio místico, se da como un fluir de coordinaciones conductuales consensuales de coordinaciones conductuales consensuales, en un entrelazamiento consensual con un fluir emocional que también puede ser consensual. Por esto, los distintos quehaceres humanos se distinguen tanto por el dominio experiencial en que tienen lugar las acciones que los constituyen, como por el fluir emocional que involucran, y de hecho se dan en la convivencia como distintas redes de conversaciones.

2. El emocionar humano tiene su origen en el emocionar de los mamíferos y de los primates, por esto admite la modulación consensual en el curso de las coordinaciones conductuales tanto fuera como dentro del lenguaje; por esto también nuestro fluir emocional tiene giros o cambios espontáneos que nos parecen completamente fuera de nuestra historia de convivencia consensual. Al mismo tiempo, como todo cambio emocional es un cambio de dominio de acciones y, por lo tanto, de dominio racional, debido a nuestro fluir emocional no consensual o a nuestro fluir emocional consensual fuera del lenguaje, resulta que muchas veces nuestro discurso y nuestro razonar cambian de una manera que nos parece ajena al curso que un momento antes seguía nuestro conversar, y nos encontramos en un emocionar y un razonar que nos parecen inesperados aun después de una reflexión posterior. Un observador puede describir tales cambios como el resultado de una dinámica emocional inconsciente porque surgen fuera de la consensualidad del conversar y, por lo tanto, fuera de la operacionalidad de un origen consensual accesible a la reflexión inmediata. En resumen, en nuestra vida cotidiana el entrelazamiento de nuestro emocionar con nuestro vivir y convivir, consensual o no, resulta en que nuestro emocionar sigue un curso contingente tanto a nuestro conversar como a nuestra dinámica interna y a nuestras interacciones fuera del lenguaje, pero que en general, a través de la reflexión puede traerse al conversar.

3. Hay tantos tipos de conversaciones como modos recurrentes de fluir en el entrelazamiento del emocionar y el lenguaje se dan en los distintos aspectos de la vida cotidiana; por esto, nuestros distintos modos de ser seres humanos en la soledad individual y en la compañía de la convivencia, se configuran como distintos tipos de conversaciones según las emociones involucradas, las acciones coordinadas, y los dominios operacionales de la praxis del vivir en que éstas tiene lugar. Al mismo tiempo, debido a la multidimensionalidad del mundo relacional humano en el lenguaje, los distintos espacios operacionales que se configuran en la recursión de las coordinaciones conductuales consensuales dan origen a dominios emocionales que no existen de otra manera. Así, emociones como vergüenza, asco, ambición, y otras, son propias del operar en espacios relacionales surgidos en el lenguaje porque se dan como rechazo o deseo en ámbitos constituidos en la reflexión sobre el propio quehacer o sobre el quehacer de los otros. Las conversaciones, por lo tanto, involucran un emocionar consensual entrelazado con el lenguaje en el que hay clases de emociones no presentes en el emocionar mamífero fuera de la recursión de las coordinaciones conductuales consensuales del lenguaje, Veamos algunos de estos tipos de conversaciones:

a) Una cultura es una red de conversaciones que definen un modo de vivir, un modo de estar orientado en el existir tanto en el ámbito humano como no humano, e involucra un modo de actuar, un modo de emocionar, y un modo de crecer en el actuar y emocionar. Se crece en una cultura viviendo en ella como un tipo particular de ser humano en la red de conversaciones que la define. Por esto, los miembros de una cultura viven la red de conversaciones que la constituyen sin esfuerzo, como un trasfondo natural y espontáneo, como lo dado en que uno se encuentra por el solo hecho de ser, independientemente de los sistemas sociales y no sociales a que se pueda pertenecer en ella.

b) Los distintos sistemas de convivencia que constituimos en la vida cotidiana se diferencian en la emoción que especifica el espacio básico de acciones en que se dan nuestras relaciones con el otro y con nosotros mismos. Así tenemos: i) Sistemas sociales, que son sistemas de convivencia constituidos bajo la emoción amor, que es la emoción que constituye el espacio de acciones de aceptación del otro en la convivencia. Según esto, sistemas de convivencia fundados en una emoción distinta del amor no son sistemas sociales. ii) Sistemas de trabajo, que son sistemas de convivencia constituidos bajo la emoción del compromiso, que es la emoción que constituye el espacio de acciones de aceptación de un acuerdo en la realización de una tarea. Según esto, los sistemas de relaciones de trabajo no son sistemas sociales. iii) Sistemas jerárquicos o de poder, que son sistemas de convivencia constituidos bajo la emoción que constituye las acciones de autonegación y negación del otro en la aceptación del sometimiento propio o del otro en una dinámica de orden y obediencia. Según esto, los sistemas jerárquicos no son sistemas sociales. Naturalmente, hay además otros sistemas de convivencia fundados en otras emociones, pero lo que cabe destacar ahora es que cada uno de ellos se constituye como una red particular de conversaciones que configura un modo particular de emocionar a partir de una emoción definitoria básica.

4. Hay conversaciones que estabilizan dinámicas emocionales particulares como resultado del modo particular de entrelazamiento del lenguaje y emocionar que las constituye.

Algunas de estas conversaciones dan origen a dinámicas emocionales recurrentes que traen a la mano dominios de acciones contradictorios en el sentido de que las acciones que los constituyen se niegan mutuamente. Veamos tres casos (Méndez, Cocidou y Maturana, 1988):

a) Conversaciones en las que acusamos implícitamente a otro, cuya compañía deseamos, de no cumplir promesas que nunca hizo. Cuando esto ocurre el acusado se enoja y entra en el rechazo. Si este tipo de conversaciones es ocasional y caben la reflexión y la disculpa, la conversación resulta intrascendente en la historia emocional de los participantes, Si en cambio esta conversación se repite recurrentemente en circunstancias en que el acusado no quiere actuar su enojo porque quiere la compañía del otro, y no caben la reflexión y la disculpa, o a pesar de éstas la conversación se repite, hay sufrimiento. Es decir, los participantes se mueven en un continuo oscilar entre dominios de acciones contradictorios: la mutua aceptación y el mutuo rechazo.

b) Conversaciones de autodepreciación, que hacemos en nuestra intimidad reflexiva o en nuestros encuentros con otros. Éstas ocurren, por ejemplo, cuando en el curso de una conversación decimos, o nos decimos, "soy torpe y siempre lo hago todo mal". Al hacer esto entramos, necesariamente, en un fluir entrelazado de emocionar y lenguaje que nos lleva a dominios de acciones contradictorias que interfieren con la calidad de nuestro quehacer, cualquiera sea el ámbito operacional en que nos encontremos. Cuando esto ocurre, el resultado de nuestro quehacer parece confirmar nuestra autodepreciación. Si vivimos este tipo de conversación de manera recurrente, estabilizamos una dinámica de lenguaje y emocionar que continuamente confirma como adecuada nuestra apreciación negativa de nosotros mismos, y vivimos en el sufrimiento de querernos y rechazarnos a la vez ante la imposibilidad de cambiar nuestra condición constitutiva esencial. Nuevamente, si esta conversación es ocasional no hay sufrimiento.

c) Conversaciones de deber ser. En el fluir de estas conversaciones con otros o en la reflexión, nos señalamos a nosotros mismos nuestra culpabilidad en el incumplimiento o cumplimiento insuficiente de un valor o norma cultural. El resultado es el emocionar en la frustración que trae a la mano un dominio de acciones en el que el cumplimiento del valor o norma es imposible. Si vivimos esta conversación de manera ocasional su ocurrencia es intrascendente, pero si la vivimos de manera recurrente vivimos en el sufrimiento.

5. Los seres humanos somos multidimensionales en nuestros dominios de interacciones y en nuestra dinámica interna, por esto participamos siempre en muchas conversaciones que se entrecruzan en nuestra dinámica corporal simultánea u sucesivamente. El principal resultado de esto, es que el emocionar de una conversación afecta el emocionar de otra, de modo que se producen cambios en el curso de las conversaciones que se entre cruzan que no tienen su origen en el ámbito relacional en que ocurren. Cuando esto pasa, los cambios en el actuar y/o razonar que se producen en los distintos dominios operacionales en que se dan las distintas conversaciones aparecen, tanto para el actor como para el observador, como inesperados u injustificables desde ellas, y pueden ser tratado por éstos como actos originales, creativos, arbitrarios o locos, según sea su escuchar y la explicación que se den sobre su origen. Al mismo tiempo, también puede ocurrir que como resultado de este entrecruzamiento en el emocionar de las distintas

conversaciones algunas se hagan recurrentes dado origen a sufrimiento o fallas en la realización de algunas tareas. Así, por ejemplo, si estoy en la realización de una cierta tarea y noto que alguien me observa, puedo entrar en dos conversaciones cuyas dinámicas emocionales se entrecruzan, Una conversación puede ser, "me gusta hacer esto, pero tiene que hacerse con cuidado y atención para que resulte", la otra conversación puede ser, "no me gusta que me miren cuando hago algo". Cuando esto ocurre realizo mi tarea en una emoción distinta del placer, esto es, en la frustración que es el deseo de estar en un lugar distinto de donde se está o en la expectativa que es el deseo de tener el resultado de la acción antes de completarla. Cuando esto pasa, como no nos damos cuenta de que en ese momento nuestro empujón surge del entrecruzamiento de dos conversaciones y no vemos su origen en nuestro quehacer, adscribimos nuestro desencanto o desagrado a las circunstancias en que se da nuestro quehacer y las acusamos de interferir con él.

6. La mayor parte de nuestros sufrimientos surgen de conversaciones recurrentes o de entrecruzamientos de conversaciones que nos llevan de manera repetida a operar en dominios contradictorios de acciones. Esto mismo, sin embargo, hace posible la terapia conversacional que se practica en psicología. En la medida en que el sufrimiento surge del vivir recurrentemente en espacios de acciones contradictorios continuamente generados en el empujón de conversaciones recurrentes o en el entrecruzamiento de conversaciones, es posible disolver el sufrimiento con conversaciones que interfieran con la recurrencia o con el entrecruzamiento de dichas conversaciones. En otras palabras, la efectividad de la psicoterapia, individual o familiar, se funda en que en el fluir emocional que necesariamente conlleva, el terapeuta y el cliente puedan derivar en un espacio de convivencia desde el cual el espacio conversacional cotidiano del cliente pueda cambiar. Existen en este momento muchas prácticas distintas que logran esto bajo diferentes formas y circunstancias de interacciones del terapeuta y el cliente o clientes. En mi entender, todas estas distintas prácticas hacen lo mismo aunque no sean intercambiables porque su efectividad es diferente según el dominio operacional, en que tienen lugar las distintas conversaciones particulares a través de las cuales se da el sufrimiento.

CONCLUSIONES

El darse cuenta de que los seres humanos existimos como tales en el entrecruzamiento de muchas conversaciones en muchos dominios operacionales distintos que configuran muchos dominios de realidades diferentes, es particularmente significativo porque nos permite recuperar lo emocional como un ámbito fundamental de nuestro ser seres humanos. En la historia evolutiva se configura lo humano con el conversar al surgir el lenguaje como un operar recursivo en las coordinaciones conductuales consensuales que se da en el ámbito de un modo particular de vivir en el fluir del coempujón de los miembros de un grupo particular de primates. Por esto, al surgir el conversar con el surgimiento del lenguaje, lo humano queda fundado de manera inextricable con la participación básica del empujón. En la fantasía de la cultura patriarcal a que pertenecemos en Occidente, y que ahora parece expandirse por todos los ámbitos de la tierra, las emociones han sido

desvalorizadas en favor de la razón como si ésta pudiese existir con independencia o en contraposición a ellas. El reconocer que lo humano se realiza en el entrecruzamiento del lenguaje y el emocionar que surge con el lenguaje, nos entrega la posibilidad de reintegramos en estas dos dimensiones con una comprensión más total de los procesos que nos constituyen en nuestro ser cotidiano, así como la posibilidad de respetar en su legitimidad a estos dos aspectos de nuestro ser. Desde pequeños se nos dice que debemos controlar o negar nuestras emociones porque éstas dan origen a la arbitrariedad de lo no racional. Ahora sabemos que esto no debe ser así. En el conversar surge también lo racional como el modo de estar en el fluir de las coherencias operacionales de las coordinaciones conductuales consensuales de coordinaciones conductuales consensuales del lenguaje. Sin embargo, la efectividad del razonar en el guiar las coordinaciones de acciones en el quehacer técnico nos ciega ante el fundamento no racional de todo dominio racional, y transforma, desde su pretensión de no arbitrariedad, a cualquier afirmación racional en una petición de obediencia al otro que limita nuestras posibilidades de reflexión porque nos impide vernos en la dinámica emocional del conversar. Esto es importante porque, aunque parezca extraño, al hacemos cargo de la participación de las emociones como fundamento de cualquier sistema racional en el fluir del conversar, obtenemos el verdadero valor de la razón en la comprensión de lo humano. Y esto es así, porque ahora sabemos que debemos darnos cuenta de nuestras emociones, y conocerlas en su fluir, cuando queremos que nuestra conducta sea en efecto racional desde la comprensión de lo racional.

Finalmente, el darse cuenta del entrelazamiento entre el emocionar y el lenguaje que todo conversar y, por lo tanto que, todo quehacer humano es, da fundamento a la comprensión de dos dimensiones adicionales del ser humano, esto es, la responsabilidad y la libertad: a) somos responsables en el momento en que en nuestra reflexión nos damos cuenta de si queremos o no queremos las consecuencias de nuestras acciones; y b) somos libres en el momento en que en nuestras reflexiones sobre nuestro quehacer nos damos cuenta de si queremos o no queremos nuestro querer o no querer las consecuencias de éste, y nos hacemos cargo de que nuestro querer o no querer nuestro querer o no querer las consecuencias de nuestras acciones puede cambiar nuestro quererlas o no quererlas. En estas circunstancias, tal vez lo más iluminador de estas reflexiones sobre la ontología del conversar, esté en el darse cuenta de que la comprensión racional de lo más fundamental del vivir humano, que está en la responsabilidad y la libertad, surja desde la reflexión sobre el emocionar que nos muestra el fundamento no racional de lo racional.

REFERENCIAS

Coddou, F.; Maturana, H.; Méndez, C.L. *The bringing forth of pathology*. Irish Journal of Psychology, vol. 9 (1), pp. 144-173, 1988.

Maturana, Humberto R. *Biology of language: epistemology of reality*. Psychology and Biology on language and thought. Edit. George A. Miller and Elizabeth Lememberg. Academic Press, 1978.

Maturana, Humberto R. *Reality: The search for objectivity or the quest for a compelling argument*. Irish Journal of Psychology, vol. 9 (1), pp. 25-82, 1988.